

Una aproximación al problema del sujeto femenino a través del debate Butler-Žižek

Elena Nájera

Universidad de Alicante

1. Feminismo, sujeto e identidad.

Las teorías feministas se han confeccionado en buena medida con los términos de la tradición filosófica y, en este sentido, forman parte de la historia de las ideas y colaboran así mismo en su desarrollo. De ahí, que cada tramo del pensamiento se haya compaginado coherentemente con una determinada reflexión sobre las mujeres. Esta congruencia se aprecia en lo que respecta a la cuestión sobre la que van a discurrir las siguientes páginas y que vertebra la evolución de los estudios de género: el problema del sujeto. A modo breve introducción, cabe recordar que este problema se plantea paradigmáticamente en la modernidad con el giro subjetivo que Descartes le imprime a la metafísica convirtiéndola en una teoría del conocimiento a medida de la *res cogitans*. Dicho muy rápidamente, la figura de un yo que pretende desvincularse de las circunstancias mundanas y corporales para asegurarse el acceso a la verdad, a una verdad universal, da argumentos para un primer capítulo de la teoría feminista centrado en la noción de igualdad –intelectual y política–. Su mejor muestra sería el planteamiento reivindicativo de François Poullain de la Barre condensado en el lema *l'esprit n'a pas de sexe*.

121

JUNIO
2016

El desgaste de este paradigma epistemológico de vocación ilustrada a partir de la obra de Nietzsche, por marcar un hito, abre el camino a otro hermenéutico interesado en la construcción de la subjetividad y en subrayar su historicidad y contingencia. Dando un gran paso en busca de los principales ejes, puede decirse que Simone de Beauvoir con su afirmación en *El segundo sexo* de que *no se nace mujer, sino que se llega a serlo*, ofrecería una versión de esta nueva sensibilidad filosófica que coincide con la *segunda oleada* del pensamiento feminista. Ésta desemboca en la noción de “género”, entendida como la elaboración cultural y simbólica de la diferencia sexual. Su contenido crítico apunta, sin duda, a la superación de la asimetría que impone el sistema patriarcal a favor de la igualdad socio-política, pero también ampara una primera posibilidad de reclamar la diferencia genérica de *la mujer*.

En el último tercio del siglo XX, la eclosión de la postmodernidad –y su nietzscheanismo exacerbado– consigue absolutizar el perspectivismo y el relativismo, alegando –diciéndolo por ejemplo con Gianni Vattimo– una *erosión del principio de realidad* que promueve la desaparición de la idea del yo –de un yo sustancial y transparente de contornos definidos– en un complejo, denso y voluble entramado de narrativas. En esta línea, Zygmunt Bauman también ha propuesto la *liquidez* como una metáfora expresiva de la falta de consistencia y de la flexibilidad, movilidad y fugacidad que alcanza hoy en día a la existencia humana. En este contexto, el derecho a la diferencia de la mujer no aspira a expresarse tanto en clave de género, como atendiendo a la indeterminada pluralidad de las comunidades, grupos de interés, microcolectivos e individuos. Esta difuminación de la subjetividad dificulta la articulación de la causa feminista –si todavía tiene sentido este juego del lenguaje– y ayuda a explicar su tendencia a la despolitización.

Pero en cualquier caso, a pesar de que, efectivamente, una de las tareas a las que la filosofía se ha dedicado con mayor empeño en las últimas décadas ha sido la crítica del sujeto moderno y la disolución del adjunto principio lógico de identidad, no es difícil constatar la convicción generalizada de que la identidad personal –entendida como la conciencia de tener una idiosincrasia frente a los demás–, sigue importando. Son varios los titulares que se han puesto a este interés de nuestro tiempo. Sami Naïr habla, por ejemplo, de “época de las retóricas identitarias”, Marcel Gauchet, de “edad de las identidades” y Alain Finkielkraut, en un tono de censura, de “religión de la identidad o fanatismo de la diferencia”. Sin ceder al apasionamiento, podríamos quedarnos con la apelación que hacía Manuel Castells a finales del siglo XX al “poder de la identidad”. Un poder que podría resultar paradójico sobre el trasfondo de un proceso de globalización creciente, pero que, a su entender, se comprende precisamente como una resistencia a la mercantilización y la uniformización que aquél conlleva. Contra ello reacciona un deseo de subjetivación alternativa, de asegurar un reconocimiento en torno a señas *presuntamente* no instrumentales, en torno a una autenticidad que permita organizar de otra manera la experiencia del mundo. La identidad se presenta ahora como una construcción de sí, como un proyecto creativo pero también reflexivo que ha de ser asumido consciente y voluntariamente por cada uno y cada una de acuerdo con un ideal de autorrealización.

En este marco, el proyecto feminista, tal y como se entendía en la estela de la ilustración, ha de resentirse necesariamente obligándose a replantear la vigencia del *sujeto mujer*. Y, en efecto, la presunta unidad y universalidad de éste resulta en la actualidad una afirmación dudosa y polémica, lo que contribuye a poner en cuestión, en general, la capacidad de las políticas basadas en la identidad. En las coordenadas de esta subjetividad problematizada que cohabita con una aguda inquietud idiosincrásica, este trabajo pretende acercarse a las propuestas de Judith Butler y Slavoj Žižek. Se trata de dos propuestas a la altura de esa sensibilidad epocal líquida que nos hemos atrevido a bosquejar tan rápidamente y que coinciden en la afirmación de la incompletud de la identidad, aunque cada una se va a concretar a su manera y, de hecho, frente a la otra. Ambas concurren en el intento de renovar la terminología feminista y van a compartir algunos registros –como el althusseriano y el lacaniano–, tratando de superar el debate clásico y disyuntivo en torno a la igualdad y la diferencia. Sus respectivas aproximaciones al *problema femenino*, no obstante, comparten el deseo de que el sujeto avance en el ejercicio de la autonomía y van a ofrecer sendas fórmulas para hacerla inteligible.

Se comenzará por la confrontación de nuestros dos filósofos a propósito de los mecanismos de la constitución subjetiva y su necesario *fracaso*. Seguidamente, y a partir de esta conclusión, se comparará cómo Žižek y Butler abordan la cuestión de la diferencia femenina, lo que llevará a considerar la noción de género y la tematización del binarismo sexual. Finalmente, se tratará de precisar las posibilidades del *sujeto mujer* en la ontología del presente que cada uno delinea, teniendo en cuenta al respecto que la *igualdad* real sigue siendo un reto. Por ello, ninguno de estos autores podrá dejar, en definitiva, de recurrir de una manera u otra a este viejo concepto y de seguir sopesando su eficacia, sobre todo cuando se trata para ambos, como se apuntará al final, de pensar un sujeto que pueda y quiera actuar en el mundo y que, por ello, no renuncie a la hegemonía entendida como la articulación de una acción política radicalmente democrática.

2. La incompletud del sujeto.

Como se acaba de presentar, Butler y Žižek entablan una discusión amplia en torno a la subjetividad en la que van a converger en un compromiso antisustancialista y para la que parten de algunos esquemas de análisis comunes como los que proporcionan Hegel, Althusser

y Lacan. La polémica tiene dos momentos centrales: el primero en torno a la obra del filósofo esloveno *El espinoso sujeto* (1999) –en el que hay un capítulo dedicado expresamente a Butler: “(Des)apegos apasionados, o J. Butler como lectora de Freud”–, que responde a *Mecanismos psíquicos del poder* (1997) –aunque en *Cuerpos que importan* (1993) su autora ya había desarrollado un cuestionamiento de las tesis de *El sublime objeto de la ideología* (1992)–. Posteriormente, ambos colaboran –junto con Ernesto Laclau– en el libro *Contingencia, hegemonía, universalidad* (2000). En la introducción conjunta a este último texto se conviene en que existen diferencias significativas entre quienes lo firman a propósito de la cuestión del sujeto. Una discrepancia que tiene que ver con la respuesta que cada uno da al hecho de que, en la medida en que no se agota en los procesos concretos de reconocimiento, la identidad en sí nunca se constituye plenamente. Ésta abraza de una manera necesaria un espacio de incompletud, de negatividad; ha de asumir que es imposible alcanzar una determinación total, lo que le brinda al sujeto, no obstante, una posibilidad de resistencia y movilización. Y esto es justamente lo que se subrayaba que ambos tienen interés en salvar: una versión contemporánea de la autonomía que pueda ser políticamente eficaz.

Sin embargo, como se acaba de señalar, difieren a la hora de concretar la dinámica de la subjetividad. Žižek no quiere ceder al construccionismo foucaultiano en el que sitúa a Butler y tampoco renunciar a un apoyo *fuerte* para el que, de hecho, recurre *intempestivamente* a Descartes. Como escribe en *El espinoso sujeto*, pretende “reafirmar al sujeto cartesiano”, aunque puntualiza que, por supuesto, “no se trata de volver al *cogito* en la forma en que este concepto dominó el pensamiento moderno (el sujeto pensante transparente para sí mismo), sino de sacar a la luz su reverso olvidado, el núcleo excedente, no reconocido, que está muy lejos de la imagen apaciguadora del sí-mismo transparente”¹. Este cartesianismo *sui generis* se modula en términos lacanianos dando como resultado la definición de *vacío*. En esta caracterización puede verse reflejado el movimiento de desvinculación radical –del mundo con sus variopintas costumbres, de la actitud natural con sus inevitables errores y de la tradición con sus argumentos de autoridad– que supone en el proceso de formación de la *res cogitans* la duda hiperbólica. Y con esa metáfora Žižek quiere representar, en un esfuerzo límite de conceptualización, un punto de vista irreducible a las circunstancias contingentes y externas que encierra un valioso potencial crítico.

¹ Žižek, Slavoj (2001): *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Barcelona, Paidós, p. 10.

El sujeto consiste así para este autor en una negatividad irresoluble, un no-ser que, justamente para eludir cualquier compromiso conservador, rechaza radicalmente su ontologización –este es el punto en el que Žižek ya no sigue a Descartes–. Sería el nombre de la imposibilidad del yo de constituirse plenamente como una sustancia y, en este sentido, plantearía una alternativa a la metafísica identitaria tradicional. En palabras del autor esloveno:

“El sujeto es la sustancia reducida al puro punto de relación negativa con todos sus predicados; es la sustancia en cuanto excluye toda la riqueza de sus contenidos. En otras palabras, se trata de una sustancia totalmente desustancializada, y toda su consistencia reside en el rechazo de sus predicados”².

Como acabamos de leer, para Žižek el sujeto no está esencialmente ligado a ninguno de sus predicados y esta incompletud –su condición de *barrado*, por decirlo en los términos lacanianos– es la que le puede permitir improvisar otros atributos que propicien nuevas relaciones con la realidad. Para avanzar de cara a una nueva articulación del campo político, a la cuestión estratégica de la hegemonía –que es la que le interesa también Butler–, Žižek recurre al planteamiento althusseriano asumiendo que la construcción de la subjetividad implica un proceso de sujeción, de sujetamiento del individuo por parte del poder dominante y de sus aparatos institucionales y discursivos y, yendo más allá de la letra de Althusser, por parte de las prácticas sociales en general³. Se trata del mecanismo de la *interpelación ideológica* por el que el yo se conforma heterónomamente interiorizando lo que se le consigue presentar como un valor positivo y anhelado. Sin embargo, para Žižek, lejos de ser infalible, esta dinámica coercitiva no puede ser absoluta en la medida en que el sujeto no siempre se reconoce en la imagen que se le ofrece. Dicho en el registro laciano, el individuo tiene la capacidad de mantenerse al margen de la simbolización, de negarse a la plena identificación con el mandato simbólico que traduce el orden de las normas y valores convencionales, el *Gran Otro*. Y, como tal obstáculo a la ideología, disfruta del estatuto traumático de algo *Real* que se cifra en un campo de deseo, goce y fantasía que coincidiría en última instancia con el espacio relevante y estructural del sujeto.

² Žižek, Slavoj (1998): *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*, Barcelona, Paidós, p. 56.

³ Se trata de la obra de Althusser *Ideología y aparatos ideológicos del estado* (1972).

Así pues, el individuo no quedaría mecánicamente sujetado a las prácticas y discursos dominantes, no se reduciría sin más a un efecto de la estructura, por describirlo de otra manera, sino que recuperaría en cierto sentido su acepción de sujeto como agente. Žižek quiere perfilar los contornos de una subjetividad subversiva que no se constituye fundamentalmente desde la interpelación ideológica, sino desde su fracaso. Por ello quiere recalcar que hay un *resto* en la subjetividad que se opone a los procesos de identificación con el exterior, con los semejantes o con las propuestas sociales: se trata de una suerte de núcleo impermeable que no puede nunca anular ese vacío constitutivo. En este sentido, a pesar del rechazo del esquema sustancialista, su planteamiento mantiene el lugar, la *x*, de una reserva irreducible de identidad o al menos de posibilidad de identidad. En cualquier caso, este sujeto desontologizado quiere darle la palabra al individuo sin que éste, que ha de renunciar a la transparencia cartesiana, pueda, no obstante, acabar nunca de dar cuenta de sí mismo, aspecto en el que se insistirá al final. Porque Žižek reseña esta indecidibilidad de la subjetividad con la poética expresión de Hegel, y que dentro de unas páginas se recuperará en clave femenina, de la terrible “noche del mundo”⁴. De ella se ayuda para escenificar el insalvable gesto de ensimismamiento del yo, de repliegue mudo sobre sí mismo, de desvinculación con respecto a la realidad circundante que él ha versionado en términos de vacío.

126

JUNIO
2016

Butler, sin embargo, se posiciona críticamente frente a esta apología de la vacuidad. Admite que la noción del sujeto incompleto o del sujeto barrado que proporciona el análisis lacaniano que aplica Žižek garantiza cierta resistencia al Otro, pero al precio de conceder un espacio estanco a la simbolización. Ello implicaría empujar la clave de la identidad a un dominio que se mantiene a resguardo del mundo lo que, a su entender, rehabilitaría consecuentemente un anacrónico e insostenible dualismo *—more cartesiano—* interior/exterior. En *Mecanismos psíquicos del poder*, la autora precisa que la subjetividad contempla como una posibilidad constitutiva el fracaso de la interpelación ideológica, pero no porque el individuo pueda sustraerse a la dominación. De hecho, el proceso de identificación presupone un sometimiento básico en la medida en que el poder “también forma al sujeto, le proporciona la misma condición de su existencia y la trayectoria de su deseo”⁵. Por ello, el perímetro de la subjetividad no puede dibujarse atendiendo únicamente a su oposición a las prácticas sociales imperantes —esto sería una suerte de muerte subjetiva—, pues, antes, depende de ellas. Su

⁴ Žižek, Slavoj (2013): “Los tres acontecimientos de la filosofía”, *Internacional Journal of Žižek Studies*, vol. 7, nº 1, p. 11. <http://zizekstudies.org>

⁵ Butler, Judith (2001): *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra, p. 12.

fundamento es una sumisión primaria desde la que habría de transitar progresivamente hacia una situación de autonomía. En las palabras de Butler:

“Ningún sujeto puede emerger sin ese vínculo formado en la dependencia, pero en el curso de su formación ninguno puede permitirse el lujo de «verlo». Para que el sujeto pueda emerger, las formas primarias de este vínculo deben *surgir* y a la vez ser *negadas*; su surgimiento debe consistir en su negación parcial”⁶.

Para dar cuenta de esta ambivalencia en la emergencia del sujeto, la pensadora americana recurre al término de *vínculos apasionados*. Con él pretende nombrar el apego necesario del individuo a aquello que lo subordina, pero que le permite, en última instancia, también organizar una perspectiva propia y aspirar a la emancipación. Devenir sujeto no es un asunto sencillo ni continuo, precisa Butler, sino “una práctica incómoda de repetición, llena de riesgos, impuesta pero incompleta, flotando en el horizonte del ser social”⁷. Por ello, y teniendo en cuenta este margen de incompletud –que reivindicaba también Žižek–, el planteamiento de Butler no desemboca en el sometimiento estructural en la medida en que contempla la posibilidad de reconfigurar performativamente los contornos, siempre contingentes, de nuestra existencia, de nuestras condiciones de vida. El ejercicio de la autonomía se plantea así como la capacidad de llevar a cabo, dentro de la situación básica de sujeción, gestos innovadores que consigan un desplazamiento no conservador ni meramente reproductivo del significado. Al yo se le reconoce, entonces, el potencial para rearticular dialécticamente su propia situación, pero este potencial –contra Žižek– no puede operar en el vacío fingiendo que hay un núcleo identitario fuera de la red sociosimbólica, tras la presunta suspensión del Gran Otro.

Para Butler, la interpelación ideológica fracasa a favor de la libertad individual no porque exista una instancia subjetiva invulnerable, sino por la complejidad del propio yo. En *Contingencia, hegemonía, universalidad* insiste en este sentido en que ningún vínculo apasionado particular puede dar íntegramente cuenta de nosotros, pues no hay una única línea de identificación o una identificación completa o privilegiada que cubra de manera exhaustiva el campo subjetivo. Las esferas en las que se produce el reconocimiento de un siempre

⁶ *Ibid.*, p. 19.

⁷ *Ibid.*, p. 41.

“sujeto-en-curso” son contingentes, abiertas y múltiples y, justamente por ello, el ejercicio emancipatorio ha de asumir estos adjetivos. A partir de aquí, Butler suscribe, como leíamos más arriba, una incompletud que no coincide con la del sujeto barrado o vacío de Lacan y Žižek en la medida en que éste se postula como una estructura independiente de todo tiempo y lugar, como un residuo ahistórico y también casi inefable, como veremos a continuación. Para nuestra autora, en cambio, la ontología no puede decidirse *presocialmente* y la identidad nunca está en condiciones de anclarse en ningún punto fijo, cediendo por definición a la ambigüedad, la inestabilidad y el nomadismo. Y la diferencia sexual, en tanto que seña del sujeto, no puede ser una excepción.

Tal y como se anunciaba en el epígrafe introductorio, la discusión entre ambos autores en torno a la constitución de la subjetividad continúa a propósito de lo femenino. Coinciden en su antiesencialismo, pero Žižek va a seguir explotando aquí el planteamiento lacaniano insistiendo en el *fracaso* de la identidad –también– de la mujer, un fracaso que, en definitiva, va a dejar el binarismo intacto. Butler, sin embargo, se desvía de este registro proponiendo una revisión constructivista de la noción de género interesada en ayudar al reconocimiento.

3. La diferencia sexual.

Comenzando por Žižek, cabe subrayar que para él la diferencia sexual tiene el estatuto de algo *Real* en el sentido lacaniano, presentándose así como un *callejón sin salida* –un *atolladero*, como leeremos en una cita posterior– que no se deja simbolizar y, por tanto, traducir a señas de identidad inteligibles⁸. Para desarrollar su tesis, el autor propone una original reflexión sobre Otto Weininger, quien, a su entender, proporciona en su obra *Sexo y carácter* (1903) “el soporte fantasmático sexista de la ideología dominante”⁹, el soporte, podría decirse en otros términos, de un patriarcado que pone en juego un feminismo de la diferencia misógino. En este tono precisamente, para Weininger, “la mujer es total y únicamente sexual” y su empeño en seducir al varón ha de entenderse como la expresión del “apetito infinito de Nada por Algo”. Esta marcada diferencia estaría basada en la oposición ontológica que puede establecerse entre sujeto y objeto, entre espíritu activo y materia pasiva: entre lo positivo y lo negativo, en definitiva. La mujer se perfilaría así como una cosa

⁸ Žižek, Slavoj (2003), *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, Barcelona, Paidós, p. 167.

⁹ *Ibid.*, p. 206.

dominada por la sexualidad que nunca podrá integrarse totalmente en el universo espiritual de la verdad con respecto al cual está llamada a mantener una relación de heteronomía.

Nuestro autor reconoce el mérito que tiene este planteamiento al romper con la representación enigmática de la mujer –con la mística de feminidad–, al cosificarla reduciéndola a sexo. Es en este sentido espiritual, idealista, que *la mujer no existe* para Weininger: “*qua* secreto que presuntamente elude el universo racional”¹⁰. Pero Žižek no se detiene a criticar a fondo esta tesis, pues la aprovecha para subrayar que la incapacidad de la mujer para acceder al orden simbólico permite apreciar una vez más el vacío de la subjetividad y la imposibilidad de completar la identidad. El enigma de la mujer escondía el hecho de que *no hay nada que esconder*. Y lo que la feroz misoginia del escritor austríaco desatiende y oscurece, bajo su punto de vista, es precisamente esto. En este sentido puntualiza:

“la aversión de Weininger por la mujer demuestra el temor a la dimensión más radical de la subjetividad misma: el Vacío que «es» el sujeto”¹¹.

En estas coordenadas, el problema de la identidad femenina no es sino un caso particular, una ejemplificación del vacío constitutivo que define la posición subjetiva y que nunca es posible llenar discursivamente. Más arriba, se hacía referencia ya a la evocación de Žižek de la *noche del mundo* como imagen expresiva de esa negatividad que define al sujeto. En su texto *Los tres acontecimientos de la filosofía*, recoge explícitamente la cita hegeliana en la que poéticamente, pero también desde el desasosiego, se corrobora que:

“el hombre es esta noche, esta vacía nada que en su simplicidad lo encierra todo, una riqueza de representaciones sin cuento, de imágenes que no se le ocurren actualmente o que no tiene precedentes. Lo que aquí existe es la noche, el interior de la naturaleza, el puro uno mismo, cerrada noche de fantasmagorías: aquí surge de repente una cabeza ensangrentada, allí otra figura blanca, y se esfuma de nuevo. Esta

¹⁰ *Ibid.*, p. 214.

¹¹ *Ibid.*, p. 217.

noche es lo percibido cuando se mira al hombre a los ojos, una noche que se hace terrible: a uno le cuelga delante la noche del mundo”¹².

En la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Hegel insiste en esta perturbadora comparación describiendo la inteligencia como “pozo oscuro”, nocturno, “en el que se guarda un mundo infinito de numerosas imágenes y representaciones, sin que estén en la conciencia”¹³. Este espacio interior parece volverse incognoscible, insondable y abrir el paso incluso, como señala el propio Žižek, a un momento de locura radical. Pero, avanzando en la explotación de esta metáfora, el filósofo esloveno menciona también “la femenina noche del mundo” para insistir en que el orden simbólico no puede iluminar el abismo de la identidad tampoco cuando se trata de la diferencia sexual¹⁴. En este sentido, el antifeminismo de Weininger le resulta, como se apuntaba, paradójico, pues proporcionando esa definición concluyente de la mujer como sexualidad demuestra su fidelidad al ideal ilustrado, al paradigma epistemológico de la transparencia, podríamos precisar, y su total “evasión del abismo de la pura subjetividad”.

Más allá de Weininger, para Žižek no puede establecerse un vínculo entre la oposición culturalmente condicionada masculino/femenino y el hecho biológico que implica. La diferencia sexual sería algo residual que permitiría comprobar una vez más, como ya se ha señalado, el fracaso del yo en su tentativa de agotar simbólicamente la identidad –con lo que nuestro autor acaba, en definitiva, dejando la cuestión intacta–. En este punto, no puede sino reconocer la distancia que lo separa de los construccionistas foucaultianos, en cuya estela sitúa la reflexión de Butler. Reconoce que para estos “el sexo no es un dado natural, sino un bricolaje, una unificación artificial de prácticas discursivas heterogéneas”. Pero, sin ánimo de volver a un sustancialismo ingenuo, coincide con el rechazo de Lacan a esta perspectiva puntualizando:

“Para él, la diferencia sexual no es una construcción discursiva, simbólica; antes bien, emerge en el punto mismo donde la simbolización fracasa: somos seres sexuados porque la simbolización siempre se choca con su propia imposibilidad

¹² Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2006): *Filosofía real*, Madrid, FCE, p. 154.

¹³ Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2005): *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza Editorial, §453, p. 494.

¹⁴ Žižek, Slavoj (2003), *Las metástasis del goce*, “Otto Weininger o La mujer no existe”, pp. 205 ss.

inherente. Lo que está en juego no es que los seres reales, concretos, nunca puedan corresponderse plenamente con la construcción simbólica de hombre o de mujer: el punto es, más bien, que esta construcción simbólica suplementa cierto atolladero fundamental. En síntesis, si fuera posible simbolizar la diferencia sexual, no tendríamos dos sexos, sino solamente uno. Masculino y femenino no son dos partes complementarias del Todo, son los dos intentos fallidos de simbolizar ese Todo”¹⁵.

Siguiendo de cerca a Lacan, para Žižek, la diferencia sexual acaba revelándose como una suerte de *enigmático* –subraya– hueco identitario intermedio que ya no es biológico pero tampoco todavía el espacio de la construcción sociosimbólica: “es el corte que sostiene la brecha entre lo *Real* y la multitud contingente de los modos de su simbolización¹⁶”, precisa, lo que no deja de franquear, a pesar de sus esfuerzos antiesencialistas, el camino hacia una cierta *mística de la subjetividad*, como se insistirá al final.

Por su parte y como es bien sabido, el planteamiento de Butler, que podríamos encuadrar en las líneas de la epistemología feminista postestructuralista, discute la noción misma de *género* al considerar que su sustrato sigue siendo un binarismo incuestionado. Éste, sin embargo, así como la división entre naturaleza y cultura sobre la que se levanta, no es, a su entender, en ningún caso algo previo al orden de las significaciones culturales, sino una operación socio-histórica que merece, en consecuencia, el correspondiente tratamiento crítico. La ampliación de la condición hermenéutica del género al propio cuerpo sexuado, la desmarca tanto del planteamiento naturalista como del psicoanalítico que sitúan la diferencia sexual al margen de los mecanismos del poder, como algo preexistente a su interpretación. Su crítica alcanza igualmente a algunas corrientes del feminismo de la diferencia que afirman la otredad radical de la mujer con respecto al falogocentrismo alegando una distinción simbólica precultural, lo que no deja de ser, no obstante, una trascendentalización de la realidad genérica propia de la matriz heterosexual. Para esta autora, por lo tanto, el principal problema no es la asimetría que genera la elaboración simbólica de la diferencia sexual que denominamos género, sino la *generización* en sí misma en tanto y cuanto sanciona determinadas categorías identitarias.

¹⁵ *Ibid.*, p. 244.

¹⁶ Žižek, Slavoj (2001): *El espinoso sujeto*, p. 293.

Por ello, la pregunta relevante para Butler deja de ser la de *cómo se llega a ser mujer*: ahora –en plena *tercera oleada* del pensamiento feminista– se trata de interrogarse sobre *cómo se llega a ser un sujeto a través del género*. Éste responde a unas normas culturalmente comprensibles que permiten definir a los individuos de cara a su inclusión o a su exclusión. Y los *géneros inteligibles*, asevera, son aquellos “que en algún sentido instituyen y mantienen relaciones de coherencia entre sexo, género, práctica sexual y deseo”, lo que implica la producción, que es a la vez una marginación, de “fantasmas de discontinuidad e incoherencia”¹⁷. La afirmación de identidades normativas en clave mujer/varón y su adscripción a cierto tipo de cuerpos en un caso u otro conlleva la institución de una heterosexualidad obligatoria –que se presenta además como reificada– que frustra el proceso de identificación personal en muchos casos, que limita, en consecuencia, la subjetivación. En cualquier caso, el género tiene capacidad reglamentaria y distribuye diferencialmente el reconocimiento y la falta del mismo. La pensadora americana insiste, sin embargo, en que su propuesta no persigue el fin del género, sino su deconstrucción: el cuestionamiento de su lógica prescriptiva y restrictiva y la cancelación de su binariedad sustentada en una presunta diferencia ontológica.

Para Butler, el género pierde así su correlato sexual –y cualquier otro correlato supuestamente fijo o esencial– para pasar a ser algo performativo. En este sentido, ya no ha de entenderse como la característica, el atributo o un conjunto de rasgos de un individuo, sino como una práctica, un dispositivo normativo que produce subjetividad en las coordenadas de una ontología contingente. “Si el género es performativo”, puntualiza, “entonces se deduce que la realidad del género misma está producida como un efecto de la actuación de género”¹⁸. Y en esta tesitura, de acuerdo con ese ejercicio de autonomía que la autora, como se veía más arriba, defiende en la trama de los vínculos apasionados, contempla estrategias de desplazamiento que no están abocadas a ser una mera repetición. Leemos al respecto en *Deshacer el género*:

“a través de la práctica de la performatividad de género, no sólo podemos observar cómo se citan las normas que rigen la realidad, sino que también podemos

¹⁷ Butler, Judith (1999): “Sujetos de sexo/género/deseo”, en VV. AA., *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, p. 50.

¹⁸ Butler, Judith (2006): *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, p. 308.

comprender uno de los mecanismos mediante los cuales la realidad se reproduce y se altera en el decurso de dicha reproducción”¹⁹.

Así pues, la generización está abierta a la intervención y a la resignificación. La sexualidad se construye, en efecto, en los términos de la convención heterosexual que reifica una relación binaria disyuntiva y asimétrica, pero también existe la posibilidad del surgimiento de una “sexualidad construida (no determinada)” dentro de diferentes contextos lésbicos, bisexuales y heterosexuales que desplace esas convenciones. En cualquier caso, la “genealogía política de ontologías del género” que Butler propone desenmascara la apariencia sustantiva de lo masculino/femenino. El resultado sería quizás la confusión de géneros y el aumento de la complejidad del mapa discursivo que estos construyen. En este sentido, concluye nuestra autora:

“Poner en evidencia los actos contingentes que crean la apariencia de una necesidad naturalista es una tarea que ahora tiene que cargar sobre los hombros la necesidad de mostrar cómo la noción misma del sujeto, inteligible sólo por su apariencia de género, admite posibilidades que antes habían quedado excluidas forzosamente por las diversas reificaciones del género que han constituido sus ontologías contingentes”²⁰.

133

JUNIO
2016

Para Butler, el proceso de construcción de las identidades es frágil y está inevitablemente expuesto al fracaso, aunque resulta así mismo prometedor. En esta valoración concuerda en buena medida con Žižek, aunque, tal y como se ha intentado presentar, para la primera todo se decide en el espacio discursivo de la contingencia, mientras que para el autor esloveno, sobre un vacío difícil de traducir a cualquier concepto. Por otra parte, nuestros dos autores, como decíamos más arriba, se sentían interpelados por la cuestión de la hegemonía y se declaraban comprometidos con la constitución del campo político y la movilización. Y para ambos esta tarea pasa necesariamente por aprovechar y explotar la incompletud del yo. Como suscriben conjuntamente, “ningún movimiento social puede, de hecho, gozar de su estatus en una articulación política democrática abierta sin presuponer y operacionalizar la negatividad

¹⁹ *Ibid.*.

²⁰ Butler, Judith (1999): “Sujetos de sexo/género/deseo”, p. 76.

en el corazón de la identidad”²¹. Veamos para acabar qué papel juega en este punto ese viejo ideal de la igualdad que antes nombrábamos y que parece corresponder ya a otra *oleada*. Ello nos va a facilitar una aproximación final a la situación del sujeto del feminismo.

4. El sujeto del feminismo.

Comentábamos al principio de esas páginas que forma parte de la sensibilidad filosófica de nuestro tiempo cuestionar la idea de sujeto en general y, por tanto, también la que –ya sea *la mujer*, *las mujeres* o el *género*– incumbe al feminismo. Sin embargo, esta categoría, a la que en cualquiera de sus versiones se concedía unidad, había desempeñado una función clave a la hora de representar y visibilizar la causa feminista e impulsar su desarrollo histórico. Por ello, no es casual que ésta, en nuestra *líquida* época, tienda a la despolitización y se recicle en micropolíticas que más que un alcance público pretenden tener consecuencias privadas. En la confrontación que hemos presentado entre Žižek y Butler en torno a la siempre incompleta constitución de la subjetividad se ha destacado la dificultad que entraña pensar una agencia transformadora, pensar, en definitiva, la autonomía. Pero ésta había sido también uno de los ejes del feminismo clásico y la pervivencia de esta preocupación en nuestros autores da pie, no obstante, para preguntar por la continuidad de ese proyecto, aunque ambos nieguen cualquier fórmula cerrada de la identidad femenina. Su búsqueda de formas radicales de democracia, además, conlleva necesariamente una llamada a alguna versión de la igualdad que tendría que servir también para satisfacer las que han sido las reivindicaciones *clásicas* de las mujeres.

134

JUNIO
2016

Žižek está interesado en desplegar una ontología del presente de voluntad crítica y, en este sentido, de futuro. Su filosofía no tiene una vocación contemplativa y busca, por ello, el perfil de un sujeto que pueda incidir en la realidad –precisa– con “un proyecto anticapitalista en nuestra época de capitalismo global”²². Por ello justamente para él, y contra las diferentes disoluciones postmodernas, es irrenunciable un principio de subjetividad que, aunque ya no pueda resolverse en términos sustancialistas, reclama –lo hemos repasado– como cartesiano. La filiación tiene sentido en la medida en que el gesto de distanciamiento que implica la duda metódica y que desemboca en ese ego desvinculado tiene un potencial crítico que el filósofo

²¹ Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj (2000): *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México, FCE, p. 7.

²² Žižek, Slavoj (2001): *El espinoso sujeto*, p. 12.

esloveno reinterpreta como un núcleo residual al *Gran Otro* sociosimbólico. Este vacío contiene la diferencia sexual –que Žižek no cuestiona–, pero ya sea en clave femenina o masculina no tiene un correlato simbólico determinado y exhaustivo y puede dejar lugar a otras causas, lo que –no sin cierta osadía– podría hacer las veces, a nuestro entender, de un expediente *sui generis* a favor de la igualdad y del derecho democrático a intentar completar la identidad.

La cuestión es si el recurso a la noción de vacío y el insondable abismo al que parece asomarse puede recoger y gestionar este afán de autonomía. Porque para Žižek, en ningún caso parece haber una garantía de identidad para el sujeto agente. El proceso de reconocimiento no deja de ser un ensayo siempre precario y en última instancia fallido. Ninguna seña, ni aquellas con las que lo interpelan los valores dominantes ni las que reflejan el esfuerzo de sentido del propio individuo, puede anular un resto que se presenta como algo inasimilable. Esta irreductibilidad es justamente la que quiere contener una posibilidad transformadora, aunque cabe preguntar si este núcleo casi inefable del que no se puede dar cuenta no se rinde a la vaguedad. Quizás para ser cartesianos hasta el final, como el propio Žižek reclama, no habría que recaer en el substancialismo, sino reivindicar la confianza en la posibilidad de avanzar en el conocimiento de sí, más allá de esa imaginación desbocada y destructiva evocada por Hegel, con el fin de poder medir mejor la intervención en el mundo. Para actuar, quizás haga falta iluminar esa oscura y terrible noche que reflejan los ojos del ser humano. Quedarse con esta metáfora no dejaría de convocar un cierto irracionalismo y de insinuar, después de todo, como sugeríamos, una mística de la subjetividad poco resolutiva.

En el caso de Butler, la afirmación del carácter performativo del género, como hemos visto, supone renunciar al momento fundacional de la identidad y a la posibilidad de definir de una manera precisa cómo se producen los procesos de constitución subjetiva porque estos, en su variedad, no son definitivos y se concretan siempre en acción. La realización del género conlleva una apología del derecho a la diferencia que no parece poder solucionarse adecuadamente en el marco del ideal moderno de la igualdad. La pensadora americana precisa que se necesita ésta tanto como se necesita libertad desde la convicción de que si “las mujeres deberían ser libres para vivir vidas generizadas en modos que pueden muy bien impugnar la

categoría mujer, entonces no podemos conformarnos con las propuestas de un estricto igualitarismo”²³.

De acuerdo con esta reivindicación, la igualdad puede amenazar la identidad y por ello se pide una autonomía compatible con el desarrollo de proyectos que no contradigan el ideal personal de autorrealización. Pero en el tejido de los vínculos apasionados tampoco se puede conceder la posibilidad de un individuo soberano capaz de elegir libremente la posición de género. Como hemos visto, la resistencia al poder es a la vez inmanente a él, relativizándose la capacidad subversiva de los desplazamientos performativos. En el extremo del constructivismo, resulta también difícil recuperar un yo que no sea meramente un yo sociológico. Al respecto, Butler matiza que este sujeto también posee la dimensión de la fantasía y el imaginario, sin los cuales no se entiende ni el deseo ni la identificación. Y en este sentido, trasluciéndose la impronta psicoanalítica que la aproxima después de todo a Žižek, asume un resto psíquico que no puede homologarse a la sola socialización, entendida como introyección o incorporación. Esta dimensión psíquica, que radica en la propia corporalidad vivida genéricamente, promete creatividad. En este sentido considera que el género ha de ser una forma contemporánea de organizar la propia existencia, un estilo activo y personalizado de vivir el propio cuerpo en el mundo.

136

JUNIO
2016

Y, como antes puntualizábamos, para Butler no se trata de dejar atrás los géneros, sino de ampliarlos y redistribuirlos de manera más justa: evitando el fracaso y la exclusión –los “fantasmas de discontinuidad e incoherencia” de los que se hablaba más arriba– para maximizar el potencial de vidas plenamente vivibles. Esto no deja quizás de equivaler a la reivindicación de un viejo ideal de igualdad que, en realidad, nunca se ha opuesto a la diferencia –a favor de la uniformidad–, sino más bien a la desigualdad. Y ésta, desgraciadamente, sigue operando como un descriptor del presente de muchas mujeres. Después de todo, parece ser que la noción de igualdad ha de seguir siendo instrumental de alguna manera para el feminismo, como la propia Butler reconoce:

“Todavía me considero una feminista clásica, porque lo cierto es que la mujer sigue sufriendo mucho más comparativamente, sobre todo si hablamos de temas de

²³ Butler, Judith (2008): “Entrevista con Judith Butler”, en Burgos, Elvira, *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en J. Butler*, Madrid, Antonio Machado libros, p. 405.

pobreza, analfabetismo y atención médica, de modo que ni siquiera a ese nivel básico ha finalizado la tarea del feminismo tradicional”²⁴.

Llegando al final, puede verse que el debate a propósito de la igualdad no es fácilmente prescindible, sobre todo cuando se advierte que su término opuesto es una persistente desigualdad y no la realización democrática de la diferencia. Y si la igualdad puede seguir siendo un motivo para el feminismo contemporáneo, quizás su sujeto *performativo*, el que se constituya en las acciones feministas mismas, pueda seguir procurando –de acuerdo con la terminología de Castells– una *identidad proyecto* antes de que una *identidad de resistencia*²⁵. Ésta se construye en torno a la convicción de que cierto grupo o colectivo se encuentra en una posición devaluada o estigmatizada y que para defenderse debe atrincherarse en un espacio idiosincrásico –lo que cuadra en buena medida con las narrativas de los feminismos de la diferencia–. Las *identidades proyecto*, en cambio, pasan por que sus artífices busquen una redefinición de su posición en la sociedad que tenga como consecuencia una transformación integral de la misma. Quizás el feminismo del siglo XXI, con sus nuevos lenguajes, siga teniendo pendiente esta clásica tarea.

²⁴ Butler, Judith (2010): “De literatura, mitos y estrellas. Entrevista con Judith Butler (por Patricia Soley-Beltrán)”, *Minerva. Publicación cuatrimestral del Círculo de Bellas Artes*. IV época, 13, p. 45.

²⁵ Castells, Manuel (1997): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 2: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial.

Referencias bibliográficas

Butler, Judith (1999): “Sujetos de sexo/género/deseo”, en VV. AA., *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros.

Butler, Judith (2001): *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra.

Butler, Judith (2006): *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós.

Butler, Judith (2008): “Entrevista con Judith Butler”, en Burgos, Elvira, *Qué cuenta como una vida. La pregunta por la libertad en J. Butler*, Madrid, Antonio Machada libros.

Butler, Judith (2010): “De literatura, mitos y estrellas. Entrevista con Judith Butler (por Patricia Soley-Beltrán)”, *Minerva. Publicación cuatrimestral del Círculo de Bellas Artes*. IV época, 13.

Butler, Judith; Laclau, Ernesto; Žižek, Slavoj (2000): *Contingencia, Hegemonía, Universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda*, México, FCE.

Castells, Manuel (1997): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 2: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2005): *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza Editorial.

Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (2006): *Filosofía real*, Madrid, FCE.

Žižek, Slavoj (1998): *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*, Barcelona, Paidós

Žižek, Slavoj (2001): *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, Barcelona, Paidós.

Žižek, Slavoj (2003): *Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, Barcelona, Paidós.

Žižek, Slavoj (2013): “Los tres acontecimientos de la filosofía”, *Internacional Journal of Žižek Studies*, vol. 7, nº 1.